



JUAN RAMÓN JIMÉNEZ EN SU POESÍA

Antología de su trayectoria poética



PROFESOR HERMINIO CRESPO

ETAPA SENSITIVA

«Bajo al jardín»

BAJO al jardín. ¡Son mujeres!
¡Espera, espera...! Mi amor
coje un brazo. ¡Ven! ¿Quién eres?
¡Y miro que es una flor!

¡Por la fuente; sí, son ellas!
¡Espera, espera, mujer!
... Cojo el agua. ¡Son estrellas,
que no se pueden cojer!

Tomado de «Jardines galantes», en *Jardines lejanos*, 1903-1904.

«¡Granados en cielo azul!»

¡GRANADOS en cielo azul!
¡Calle de los marineros;
qué verdes están tus árboles,
qué alegre tienes el cielo!

¡Viento ilusorio de mar!
¡Calle de los marineros
—ojo gris, mechón de oro,
rostro florido y moreno!— .

La mujer canta a la puerta:
«¡Vida de los marineros;
el hombre siempre en el mar,
y el corazón en el viento!».

—¡Virjen del Carmen, que estén
siempre en tus manos los remos;
que, bajo tus ojos, sean
dulce el mar y azul el cielo!—

... Por la tarde, brilla el aire;
el ocaso está de ensueños;
es un oro de nostalgia,
de llanto y de pensamiento.

—¡Como si el viento trajera
el sinfín y, en su revuelto
afán, la pena mirara
y oyera a los que están lejos!

iViento ilusorio de mar!
iCalle de los marineros
—la blusa azul, y la cinta
milagrera sobre el pecho!—.

iGranados en cielo azul!
iCalle de los marineros!
iEl hombre siempre en el mar,
y el corazón en el viento!

Tomado de «El valle», en *Pastorales*, 1903-1905.

«Creímos que todo estaba...»

CREÍMOS que todo estaba
roto, perdido, manchado...
—Pero, dentro, sonreía
lo verdadero, esperando—.

iLágrimas rojas, calientes,
en los cristales helados...!
—Pero, dentro, sonreía
lo verdadero, esperando—.

Se acababa el día negro,
revuelto en frío mojado...
—Pero, dentro, sonreía
lo verdadero, esperando—.

Tomado de «Rosas de setiembre», en *Olvidanzas*, 1906-1907.

«iOh, plenitud de oro...»

iOh, plenitud de oro! iEncanto verde y lleno
de pájaros! Arroyo de azul, cristal y risa!
iOh soledad sonora! Mi corazón sereno
se abre, como un tesoro, al soplo de tu brisa.
Y esta aventura eterna de un amor sin amores,
este desdén de todo, de la dicha y del duelo,
y la realeza clara de este orgullo entre flores,
en ti icampo! se hacen tan grandes como el cielo.

Tomado de «Elejías puras», en *Elejías*, 1907-1908.

Jardín de octubre

Por el jardín anda el otoño. Hay
un crujir de hojas secas y de rasos;
los recuerdos dolientes han venido
a sentarse en la piedra de los bancos...
Hojas secas... Jugando con las hojas,
una triste mujer de gris y blanco.
¿Viudez? ¿O tal vez romanticismo?
¿Neurastenia? ¿Agonía? ¿Desengaño?
Entre las ramas negras, sueña una
Lividez amarilla en el ocaso;
la opacidad crepuscular lo borra
todo: sol, ilusiones, rosas, ángelus...
La vida —el árbol, el jardín..., ila muerte!—
está de luto bajo el cielo blanco.

Tomado de *Hojas verdes*, 1909.

El viaje definitivo

... Y yo me iré. Y se quedarán los pájaros
cantando;
y se quedará mi huerto, con su verde árbol,
y con su pozo blanco.

Todas las tardes, el cielo será azul y plácido;
y tocarán, como esta tarde están tocando,
las campanas del campanario.

Se morirán aquellos que me amaron;
y el pueblo se hará nuevo cada año;
y en el rincón aquel de mi huerto florido y encalado,
mi espíritu errará nostálgico...

Y yo me iré; y estaré solo, sin hogar, sin árbol
verde, sin pozo blanco,
sin cielo azul y plácido...
Y se quedarán los pájaros cantando.

Tomado de «Corazón en el viento», en *Poemas agrestes*, 1910-1911.

Platero y yo

¡Qué pura, Platero, y qué bella esta flor del camino! Pasan a su lado todos los tropeles —los toros, las cabras, los potros, los hombres—, y ella, tan tierna y tan débil, sigue enhiesta, malva y fina, en su vallado solo, sin contaminarse de impureza alguna. // Esta flor vivirá pocos días, Platero, aunque su recuerdo podrá ser eterno. Será su vivir como un día de tu primavera, como una primavera de mi vida. ¿Qué le diera yo al otoño, Platero, a cambio de esta flor divina, para que ella fuese, diariamente, el ejemplo sencillo y sin término de la nuestra?

Tomado de «La flor del camino», *Platero y yo*, 1907-1916.

(Transición hacia la etapa intelectual)

Retorno fugaz

¿CÓMO era, Dios mío, cómo era?
—¡Oh corazón falaz, mente indecisa!—
¿Era como el pasaje de la brisa?
¿Como la huida de la primavera?

Tan leve, tan voluble, tan lijera
cual estival vilano... ¡Sí! Imprecisa
como sonrisa que se pierde en risa...
¡Vana en el aire, igual que una bandera!

¡Bandera, sonreír, vilano, alada
primavera de junio, brisa pura...!
¡Qué loco fue tu carnaval, qué triste!

Todo tu cambiar trocose en nada
—¡memoria, ciega abeja de amargura!—
¡No sé cómo eras, yo que sé que fuiste!

Tomado de «Amor», en *Sonetos espirituales*, 1914-1915.

«¿Cómo...?»

¿CÓMO pondré en la hora
tu vago sentimiento?

¡Hacia la aurora! ¡Más!
¡Hacia el ocaso! ¡Menos!

Siempre le falta un poco...
Le sobra siempre un dedo...

—Tu reír suena, fino,
muy cerca... desde lejos—.

Tomado de «Verdor», en *Estío*, 1915.

ETAPA INTELECTUAL

Soledad

En ti estás todo, mar, y sin embargo,
¡Qué sin ti estás, qué solo!
Qué lejos, siempre, de ti mismo!
Abierto en mil heridas, cada instante,
cual mi frente,
tus olas van, como mis pensamientos,
y vienen, van y vienen,
besándose, apartándose,
con un eterno conocerse,
mar, y desconocerse.

Eres tú, y no lo sabes,
Tu corazón te late y no lo sientes...
¡Qué plenitud de soledad, mar solo!

Tomado de «El amor en el mar», en *Diario de un poeta recién casado*, 1916.

La negra y la rosa

La negra va dormida, con una rosa blanca en la mano.

—*La rosa y el sueño apartan, en una superposición mágica, todo el triste atavío de la muchacha: las medias rosas caladas, la blusa verde y transparente, el sombrero de paja de oro con amapolas moradas.*— Indefensa con el sueño, se sonríe, la rosa blanca en la mano negra.

¡Cómo la lleva! Parece que va soñando con llevarla bien. Inconsciente, la cuida —con la seguridad de una sonámbula— y es su delicadeza como si esta mañana la hubiera dado ella a luz, como si ella se sintiera, en sueños, madre del alma de una rosa blanca. —*A veces, se le rinde sobre el pecho, o sobre un hombro, la pobre cabeza de humo rizado, que irisa el sol cual si fuese de oro, pero la mano en que tiene la rosa mantiene su honor, abanderada de la primavera.*—

Una realidad invisible anda por todo el subterráneo, cuyo estrepitoso negror rechinante, sucio y cálido, apenas se siente. Todos han dejado sus periódicos, sus gomas y sus gritos; están absortos, como en una pesadilla de cansancio y de tristeza, en esta rosa blanca que la negra exalta y que es como la conciencia del subterráneo. Y la rosa emana, en el silencio atento, una delicada esencia y eleva como una bella presencia inmaterial que se va adueñando de todo, hasta que el hierro, el carbón, los periódicos, todo, huele un punto a rosa blanca, a primavera mejor, a eternidad...

Tomado de «El amor en el mar» en *Diario de un poeta recién casado*, 1916.

Alta noche

¡New York solitario sin un cuerpo!... Y voy despacio, Quinta Avenida abajo, cantando alto. De vez en cuando, me paro a contemplar los enormes y complicados cierres de los bancos, los escaparates en transformación, las banderolas ondeantes en la noche...Y este eco que, como dentro de un aljibe inmenso, ha venido en mi oído inconsciente, no sé desde qué calle, se acerca, se endurece, se ancha. Son unos pasos claudicantes y arrastrados como por el cielo, que llegan siempre y no acaban de llegar. Me paro una vez más y miro arriba y abajo. Nada. La luna ojerosa de primavera mojada, el eco y yo. De pronto, no sé si cerca o lejos, como aquel carabinero solitario por las playas de Castilla, aquella tarde de vendaval, un punto, un niño, un animal, un enano... ¿qué? Y avanza. ¡Ya!... Casi no pasa junto a mí. Entonces vuelvo la cara y me encuentro con la mirada suya, brillante, negra, roja y amarilla, mayor que el rostro, todo y solo él. Y un negro viejo, cojo, de paletó mustio y sombrero de copa mate,

me saluda ceremonioso y sonriente, y sigue, Quinta Avenida arriba... Me recorre un breve escalofrío, y, las manos en los bolsillos, sigo, con la luna amarilla en la cara, semicantando. El eco del negro cojo, rey de la ciudad, va dando la vuelta a la noche por el cielo, ahora hacia el poniente...

Tomado de *Diario de un poeta recién casado*, 1916.

«**Inteligencia, dame...**»

iInteligencia, dame
el nombre esacto de las cosas!
Que mi palabra sea
la cosa misma,
creada por mi alma nuevamente.
Que por mí vayan todos
los que no las conocen a las cosas;
que por mí vayan todos
los que ya las olvidan, a las cosas;
que por mí vayan todos
los mismos que las aman, a las cosas...
iIntelijencia, dame
El nombre esacto, y tuyo,
y suyo, y mío, de las cosas!

Tomado de *Eternidades*, 1916-1917.

«**Sé bien que soy tronco**»

SÉ bien que soy tronco
del árbol de lo eterno.
Sé bien que las estrellas
con mi sangre alimento.
Que son pájaros míos
todos los claros sueños...
Sé bien que cuando el hacha
de la muerte me tale,
se vendrá abajo el firmamento.

Tomado de *Eternidades*, 1916-1917.

«**No corras, ve despacio**»

iNO corras, ve despacio,
Que adonde tienes que ir es a ti solo!

iVe despacio, no corras,
que el niño de tu yo, recién nacido
eterno,
no te puede seguir!.

Tomado de *Eternidades*, 1916-1917.

«Yo solo Dios...»

Yo solo Dios y padre y madre míos,
me estoy haciendo, día y noche, nuevo
y a mi gusto.

Seré más yo, porque me hago
conmigo mismo,
conmigo solo,
hijo también y hermano, a un tiempo
que madre y padre y Dios.

Los seré todo,
pues que mi alma es infinita;
y nunca moriré, pues que soy todo.

¡Qué gloria, qué deleite, qué alegría,
qué olvido de las cosas,
en esta nueva voluntad,
en este hacerme yo a mí mismo eterno!

Tomado de *Eternidades*, 1916-1917.

«Quisiera que mi libro»

QUISIERA que mi libro
fuese, como es el cielo por la noche,
todo verdad presente, sin historia.

Que, como él, se diera en cada instante,
todo, con todas sus estrellas; sin
que niñez, juventud, vejez quitaran
ni pusieran encanto a su hermosura inmensa.

¡Temblor, relumbre, música
presentes y totales!
¡Temblor, relumbre, música en la frente
—cielo del corazón— del libro puro.

Tomado de *Piedra y cielo*, 1917-1918.

«¿Nada todo?»

¿NADA todo? Pues ¿y este gusto entero
de entrar bajo la tierra, terminado
igual que un libro bello?
¿Y esta delicia plena
de haberse desprendido de la vida,
como un fruto perfecto de su rama?
¿Y esta alegría sola
de haber dejado en lo invisible
la realidad completa del anhelo,
como un río que pasa hacia la mar,
su perenne escultura?

Tomado de *Poesía*, 1917-1923.

Suavidad

¿SOSTIENE la hoja seca
a la luz que la encanta,
o la luz
a la hoja encantada?

Tomado de *Poesía*, 1917-1923.

La torre abierta

¡Qué goce, frente mía,
de las luces que has de encender,
como estrellas el cielo;
qué goce de las flores que has de abrir,
como edades de la tierra, corazón!

Pensamientos, ¡oh vida!, sentimientos
que ya son míos aun sin ser
—¡qué goce ser el dueño de una cosa que no existe—,
Desconocidos aún y conocidos ya;
¡qué goce conocer, amar, sufrir,
Cosas desconocidas todavía!

¡Qué júbilo, alba dulce,
que has de azular mil veces
las alas nuevas de mis ojos pensativos;
que has de alegrar mil veces al latir
nuevo de mi encerrado corazón!

Tomado de *Belleza*, 1917-1923.

«Sé que mi obra es lo mismo»

Sé que mi Obra es lo mismo
que una pintura en el aire;
que quedará sólo de ella
—si arruinado en noes—
al gran silencio solar,
la ignorancia de la luna.
—No, no; ella, un día, será
(borrada) existencia inmensa,
desveladora virtud,
que el vendaval de los tiempos
la borrará toda, como
si fuese perfume o música;
será como el antesol,
imposible norma bella;
sinfín de angustioso afán,
mina de escelso secreto...—
¡Mortal flor mía inmortal
reina del aire de hoy!

Tomado de *Belleza*, 1917-1923.

Cenit

Yo no seré yo, muerte,
hasta que tú te unas con mi vida
y me completes así todo;
hasta que mi mitad de luz se cierre
con mi mitad de sombra
—y sea yo equilibrio eterno
en la mente del mundo;
unas veces, mi medio yo, radiante;
otras, mi otro medio yo, en olvido—.
Yo no seré yo, muerte,
hasta que tú, en tu turno, vistas
de huesos pálidos mi alma

Tomado de *Belleza*, 1917-1923.

El presente

¡Cómo me siguen
en fila interminable
todos los yos que he sido!
¡Cómo se abre el ante mí
en infinita fila
para todos los yos que voy a ser!
¡Y qué poco, qué nada soy yo
este yo, de hoy
que casi es de ayer,
que va a ser todo de mañana!

Tomado de *La realidad invisible*, 1919-1925.

Lo que sigue

Cuando en la noche, el aire ve su fuente
oculta. Está la tarde limpia como
la eternidad.

La eternidad es solo
lo que sigue, lo igual; y comunica
por armonía y luz con lo terreno.

Entramos y salimos sonriendo,
llenos los ojos de totalidad,
de la tarde a la eternidad, alegres
de lo uno y lo otro. Y de seguir,
de entrar y de seguir.
Y de salir...

(Y en la frontera de las dos verdades
exaltando su última verdad,
el chopo de oro contra el pino verde,
síntesis del destino fiel, nos dice
qué bello al ir a ser es haber sido.)

Tomado de *La estación total*, 1923-1936.

El otoñado

Estoy completo de naturaleza,
en plena tarde de áurea madurez,
alto viento en lo verde traspasado.
Rico fruto recóndito, contengo
lo grande elemental en mí (la tierra,
el fuego, el agua, el aire) el infinito.

Chorreo luz: doro el lugar oscuro,
transmino olor: la sombra huele a dios,
emano son: lo amplio es honda música,
filtro sabor: la mole bebe mi alma,
deleito el tacto de la soledad.

Soy tesoro supremo, desasido,
con densa redondez de limpio iris,
del seno de la acción. Y lo soy todo.
Lo todo que es el colmo de la nada,
el todo que se basta y que es servido
de lo que todavía es ambición.

Tomado de *La estación total*, 1923-1936.

El ejemplo

Enseña a dios a ser tú.
Sé solo siempre con todos,
con todo, que puedes serlo.

(Si sigues tu voluntad,
un día podrás reinarte
solo en medio de tu mundo.)

Solo y contigo, más grande,
más solo que el dios que un día
creíste dios cuando niño.

Tomado de «Canciones de la nueva luz. El creador sin escape», *La estación total*, 1923-1936.

Renaceré yo

Renaceré yo piedra
y aún te amaré mujer a ti.

Renaceré yo viento
y aún te amaré mujer a ti.

Renaceré yo ola,
Y aún te amaré mujer a ti.

Renaceré yo fuego,
y aún te amaré mujer a ti.

Renaceré yo hombre,
y aún te amaré mujer a ti.

Tomado de «Canciones de la nueva luz. El creador sin escape», *La estación total*, 1923-1936.

ETAPA SUFICIENTE O VERDADERA

Los pájaros de yo sé dónde

Toda la noche,
los pájaros han estado
cantándome sus colores.

(No los colores
de sus alas matutinas
con el fresco de los soles.

No los colores
de sus pechos vespertinos
al rescoldo de los soles.

No los colores
de sus picos cotidianos
que se apagan por la noche,
como se apagan
los colores conocidos
de las hojas y las flores.)

Otros colores,
el paraíso primero
que perdió del todo el hombre,
el paraíso
que las flores y los pájaros
inmensamente conocen.

Flores y pájaros
que van y vienen oliendo
volando por todo el orbe.

Otros colores,
el paraíso sin cambio
que el hombre en sueños recorre.

Toda la noche,
los pájaros han estado
cantándome los colores.

Otros colores
que tienen en su otro mundo
y que sacan por la noche.

Unos colores
que he visto bien despierto
y que están yo sé bien dónde.

Yo sé de dónde
los pájaros han venido
a cantarme por la noche.

Yo sé de dónde
pasando vientos y olas,
a cantarme mis colores.

Tomado de «Canciones de La Florida», en *En el otro costado*, 1936-1942.

Árboles hombres

Ayer tarde
volvía yo con las nubes
que entraban bajo rosales
(grande ternura redonda)
entre los troncos constantes.

La soledad era eterna
y el silencio inacabable.
Me detuve como un árbol
y oí hablar a los árboles.

El pájaro solo huía
de tan secreto paraje,
solo yo podía estar
entre las rosas finales.

Yo no quería volver
en mí, por miedo de darles
disgusto de árbol distinto
a los árboles iguales.

Los árboles se olvidaron
de mi forma de hombre errante,
y, con mi forma olvidada,
oía hablar a los árboles.

Me retardé hasta la estrella.
En vuelo de luz suave
fui saliéndome a la orilla,
con la luna ya en el aire.

Cuando yo ya me salía
vi a los árboles mirarme,
se daban cuenta de todo,
y me apenaba dejarles.

Y yo los oía hablar,
entre el nublado de nácares,
con blando rumor, de mí.
Y ¿cómo desengañarles?

¿Cómo decirles que no,
que yo era sólo el pasante,
que no me hablaran a mí?
No quería traicionarles.

Y ya muy tarde, muy tarde,
oí hablarme a los árboles.

Tomado de «Romances de Coral Gables», en *En el otro costado*, 1936-1942.

Ente

Se va, subiendo a lo otro.

Allá arriba, donde el viento,
sobre una raya del mundo,
vuelo total, incandesce,
duerme, entre piedra, sin sueño.

Y los pájaros más solos
cantan como para nadie,
bajan como para todos
al nadie que está en todo,
al uno que está en la nada.
La felicidad completa:
el ser del no ser supremo,
el no ser del ser supremo.

Ente constante al olvido,
olvido en gloria del dios
que no está en ninguna parte
de tanto estar sin saberlo,
y colma soledad.

Este no ser sucesivo
que es este ser verdadero;
que nadie puede trocar,
que nadie puede quitar,
que nadie puede evitar.

Y una flor sola se mece
sobre la inmensa presencia
de la ausencia majistral.

Tomado de «Romances de Coral Gables», en *En el otro costado*, 1936-1942.

Espacio

Fragmento primero (*Sucesión*)

“Los dioses no tuvieron más sustancia que la que tengo yo”. Yo tengo, como ellos, la sustancia de todo lo vivido y de todo lo por vivir. No soy presente sólo, sino fuga raudal de cabo a fin. Y lo que veo, a un lado y a otro, en esta fuga (rosas, restos de alas, sombra y luz) es sólo mío, recuerdo y ansia míos, presentimiento, olvido. ¿Quién sabe más que yo, quién, qué hombre o qué dios, puede, ha podido, podrá decirme a mí qué es mi vida y mi muerte, y qué no es? Si hay quien lo sabe, yo lo sé más que ese, y si quien lo ignora, más que ese lo ignoro. Lucha entre este ignorar y este saber es mi vida, su vida, y es la vida. Pasan vientos como pájaros, pájaros igual que flores, flores soles y lunas, lunas soles como yo, como almas, como cuerpos, cuerpos como la muerte y la resurrección; como dioses. Y soy un dios sin espada, sin nada de lo que hacen los hombres con su ciencia; sólo con lo que es producto de lo vivo, lo que cambia todo; sí de fuego o de luz, luz. [...]

Fragmento segundo (*Cantada*)

“Y para recordar por qué he vivido”, vengo a ti, río Hudson de mi mar. “Dulce como era mi amor...”
“Y por debajo de Whashington Bridge (el puente más con más de esta New York) pasa el tiempo amarillo de mi infancia”. Infancia, niño vuelvo a ser y soy, perdido, tan mayor, en lo más grande.

Leyenda inesperada: "dulce como la luz es el amor", y esta New York es igual que Moguer, es igual que Sevilla y que Madrid. Puede el viento, en la esquina de Broadway, como en la Esquina de las Pulmonías de mi calle Rascón, conmigo; y tengo abierta la puerta donde vivo, con sol dentro. "Dulce como este sol era el amor" [...] Y entré cantando ausente en la arboleda de la noche y el río que se iba bajo Whashington Bridge con so aún, hacia mi España por mi oriente, a mi oriente de mayo en Madrid, un sol ya muerto, pero vivo; un sol presente, pero ausente; un sol rescoldo de vital carmín, un sol carmín vital en el verdor; un sol vital en el verdor ya negro, un sol en el negror ya luna; un sol en la gran luna de carmín; un sol de gloria nueva, nueva en otro Este; un sol de amor y de trabajo hermoso; un sol como el amor... "Dulce como este sol era el amor."

Fragmento tercero (Sucesión)

"Y para recordar por qué he venido", estoy diciendo yo. "Y para recordar por qué he nacido", conté yo un poco antes, ya por La Florida. "Y para recordar por qué he vivido", vuelvo a ti mar, pensé yo en Sitjes, antes de una guerra, en España, del mundo. ¡Mi presentimiento! Y entonces, marenmedio, mar, más mar, eterno mar, con su luna y su sol eternos por desnudos, como yo, por desnudo, eterno; el mar que me fue siempre vida nueva, paraíso primero, primer mar. El mar, el sol, la luna, y ella y yo, Eva y Adán, al fin y otra vez sin ropa, y la obra desnuda y la muerte desnuda, que tanto me atrajeron. Desnudez es la vida y desnudez la sola eternidad... Y sin embargo, están, están, están, están llamándonos a comer, gong, gong, gong, en este barco de este mar, y hay que vestirse en este mar, en esta eternidad de Adán y Eva, Adán de smoking, Eva... Eva se desnuda para comer como para bañarse; es la mujer y la obra y la muerte, es la mujer desnuda, eterna metamorfosis. [...] Mi cuerpo no se encela de ti, conciencia; mas quisiera que al irte fueras todo él, y que dieras a él, al darte tú a quien sea, lo suyo todo, este amar que te ha dado tan único, tan sol, tan grande como lo único y lo solo. Dime tú todavía: ¿No te apena dejarme? ¿Y por qué te has de ir de mí, conciencia? ¿No te gustó mi vida? Yo te busqué tu esencia. ¿Qué sustancia le pueden dar los dioses a tu esencia, que no pudiera darte yo? Ya te lo dije al comenzar: "Los dioses no tuvieron más sustancia que la que tengo yo." ¿Y te has de ir de mí tú, tú a integrarte en un dios, en otro dios que este que somos mientras tú estás en mí, como de Dios?

Tomado de *Espacio*, 1941-1954.

«Todas las nubes arden»

TODAS las nubes arden
 porque yo te he encontrado,
 dios deseante y deseado;
 antorchas altas cárdenas
 (granadas, azules, rojas, amarillas)
 en alto grito de rumor de luz.

Del redondo horizonte vienen todas
 de congregación fúlgida,
 a abrazarse con vueltas de esperanza
 a mi fe respondida.

(Mar desierto, con dios
 en redonda conciencia
 que me habla y me canta,
 que me confía y me asegura;
 por ti yo paso en pie
 alerta, en mí afirmado,
 conforme con que mi viaje
 es al hombre seguido, que me espera
 en puerto de llegada permanente,
 de encuentro repetido.)

Todas las nubes que existieron,
que existen y que existirán,
me rodean con signos de evidencia;
ellas son para mí
la afirmación alzada de este hondo
fondo de aire en que yo vivo;
el subir verdadero del subir,
el subir del hallazgo en lo alto profundo.

Tomado de «Animal de fondo», en *Dios deseado y deseante*, 1949.

Soy animal de fondo

«EN fondo de aire» (dije) «estoy»,
(dije) «soy animal de fondo de aire» (sobre tierra),
ahora sobre mar; pasado, como el aire, por un sol
que es carbón allá arriba, mi fuera, y me ilumina
con su carbón el ámbito segundo destinado.

Pero tú, dios, también estás en este fondo
y a esta luz ves, venida de otro astro;
tú estás y eres
lo grande y lo pequeño que yo soy,
en una proporción que es ésta mía,
infinita hacia un fondo
que es el pozo sagrado de mí mismo.

Y en este pozo estabas antes tú
con la flor, con la golondrina, el toro
y el agua; con la aurora
en un llegar carmín de vida renovada;
con el poniente, en un huir de oro de gloria.
En este pozo diario estabas tú conmigo,
conmigo niño, joven, mayor, y yo me ahogaba
sin saberte, me ahogaba sin pensar en ti.
Este pozo que era, sólo y nada más ni menos,
que el centro de la tierra y de su vida.

Y tú eras en el pozo mágico el destino
de todos los destinos de la sensualidad hermosa
que sabe que el gozar en plenitud
de conciencia amadora,
es la virtud mayor que nos trasciende.

Lo eras para hacerme pensar que tú eras tú,
para hacerme sentir que yo era tú,
para hacerme gozar que tú eras yo,
para hacerme gritar que yo era yo
en el fondo de aire en donde estoy,
donde soy animal de fondo de aire,
con alas que no vuelan en el aire,
que vuelan en la luz de la conciencia
mayor que todo el sueño
de eternidades e infinitos
que están después, sin más que ahora yo, del aire.

Tomado de «Animal de fondo», en *Dios deseado y deseante*, 1949.

BIBLIOGRAFÍA

<http://cvc.cervantes.es/literatura/escritores/jrj/>

Juan Ramón Jiménez: *Segunda antología poética* (1998-1918).

Edición de Jorge Urrutia. Ed. Espasa Calpe. Colección Austral. 1996

Juan Ramón Jiménez: *Antología poética*.

Edición de Javier Blasco. Ed. Cátedra. Colección Letras Hispánicas. 1996